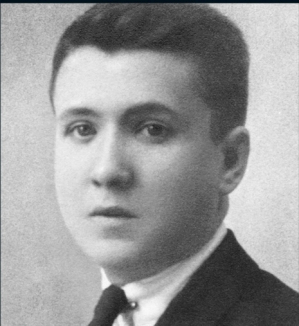


San Josemaría Escrivá de Balaguer
la aventura de ser Santo

Miguel Ángel Cárceles



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2002, by Miguel Ángel Cárceles y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: ACI, AISA, Oronoz y Prelatura del Opus Dei

Tercera edición: noviembre de 2011

ISBN: 978-84-218-4809-8

Depósito legal: M-34.659-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cuaderno documental de Carlos Alberto Marmelada

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Prólogo	7
1 Huellas que hablan	9
2 La muerte de su padre	15
3 Campanas de fiesta	21
4 Entre pobres, niños y enfermos	27
5 «¡Burrito! ¡Burrito!»	33
6 Atrapados	39
7 Esquivando la muerte	45
8 Dos de octubre de 1936	51
9 Una semilla encendida de amor	57
10 En la Ciudad Condal	63
11 Una rosa en la noche	69
12 El paso de los Pirineos	75
13 De nuevo en Madrid	81
14 La residencia de la calle Jenner	87
15 Hogares luminosos y alegres	93
16 Los tres primeros sacerdotes	99
17 Amor a la Iglesia y al Papa	105
18 El Papa aprueba el Opus Dei	111
19 Con los jóvenes	117
20 En el Cielo	123
Epílogo	129

Prólogo

Bienvenido a Barbastro, joven lector. La ciudad, como ves, emerge entre breves colinas. Parece que hubiera ido poco a poco rodando, desde la imponente y no muy lejana cordillera pirenaica. Equidistante de las ciudades de Huesca y de Lérida, pertenece al alto Aragón. El tajo sinuoso del río Vero la divide y traspasa. Sus aguas limpias y frías riegan las fértiles huertas que la circundan.

Aquí nació el protagonista de esta apasionante historia. Su nombre: Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás. Su padre don José Escrivá y Corzán, natural de Fonz, era descendiente de la rama de los Escrivá que se asentó en Balaguer, Lérida. Su madre doña María Dolores Albás y Blanc era natural de Barbastro, que entonces contaba con unos siete mil habitantes. Por las venas de Josemaría corría a la par sangre catalana y aragonesa.

La casa de los Escrivá Albás se levantaba en la plaza del mercado: un amplio espacio abrazado por varios pórticos, cuyos porches acogían por igual tiendas y casas. En una de ellas nació Josemaría. Tan decisivo acontecimiento tuvo lugar el día 9 de enero del año 1902. Próxima al hogar se levantaba la catedral gótica, cuya torre velaba atenta la vida de las gen-

tes. Josemaría fue el segundo de los hijos. Su hermana Carmen, nacida el 16 de julio de 1899, contaba entonces dos años y medio. Tras él nacieron tres niñas: María Asunción en 1905, María de los Dolores en 1907 y María del Rosario en 1909. Las tres fallecieron en el breve espacio de tres años. Santiago, nacido en 1919, fue el último varón de la familia.

Meses después de la muerte de María Asunción, empezó a ir mal el negocio del padre de Josemaría, en el que participaba otra persona como socio de la empresa. Por diversos motivos, se produjo un revés económico que acabó en ruina. El otro socio abusó de la confianza de don José, que con su natural hombría de bien, se hizo cargo del pago de las deudas contraídas, a fin de que los accionistas no perdieran sus ahorros.

Por tan desafortunado motivo, a mediados de septiembre del año 1915, la familia se trasladó a Logroño, donde el padre había encontrado trabajo. Josemaría contaba entonces trece años de edad. Es de imaginar la profunda huella que aquella mudanza dejó en su corazón de adolescente, apartado de familiares y amigos.

Josemaría estaba bien dotado intelectualmente. Desde siempre había terminado el curso con sobresalientes y notables. Le gustaban las matemáticas y el dibujo. Quizá por todo esto se ilusionó a fondo con la idea de ser arquitecto, pero el Señor, como verás más adelante, le había elegido para realizar la bella historia de recordar el proyecto de Dios para con sus hijos los hombres: que nacidos del amor de Dios y de sus padres, estaban destinados a amar al Señor con todo el corazón y al prójimo como a ellos mismos, es decir, a ser santos.



Huellas que hablan

La ciudad de Logroño, atravesada por el río Ebro, está construida principalmente sobre su margen derecha. La familia Escrivá Albás vive en la calle Sagasta, junto al Puente de Hierro. Se aloja en el cuarto piso de una casa modesta, próxima a la calle del Mercado. En ella está situada «La Gran Ciudad de Londres»: la tienda de tejidos en la que don José trabaja como dependiente. Desde las ventanas de la vivienda se divisa el Espolón, bello paseo central cuajado de álamos, castaños y acacias.

Han pasado poco más de dos años desde su llegada a Logroño. Josemaría tiene quince, largamente cumplidos. Es alto y fuerte. Los rasgos de su cara son agradables. Su mirada, cordial y serena, invita a la amistad. Es alegre y simpático, moderado y cauto. Gusta vestir con cierta elegancia: las puntas de un discreto pañuelo blanco asoman desde el bolsillo más alto de su chaqueta. Sonríe con facilidad. Se le nota feliz. Es leal: buen amigo de sus amigos; generoso; tozudo, como buen aragonés, y muy observador.

Un curso más, el que termina en junio de 1917, lo acaba con sobresalientes y notables. Dentro de un año comenzará la carrera que, como casi todos los chicos de su

edad, tiene decidida. Una tarde, cuando ya está seguro, busca a su padre.

—Papá —le dice, con confianza—, ¿podemos hablar?

—Naturalmente —contesta don José—. Siéntate. ¿Qué quieres decirme?

—Me gustaría ser arquitecto. ¿Qué te parece?

—¿Tienes absoluta certeza?

—Sí. Llevo pensándolo durante varios meses y estoy convencido de que no me equivoco.

—Entonces —comenta don José con una sonrisa divertida—, lo que tú quieres es ser un albañil distinguido.

Ambos, padre e hijo, ríen felices la ocurrencia.

—Opino que has elegido bien —continúa su padre, ya en serio—. Tienes demostrada facilidad para las matemáticas y el dibujo, que son fundamentales en los estudios de Arquitectura. Quiero que sepas que me gusta que seas arquitecto. Has de tener en cuenta, sin embargo, que es una carrera larga y difícil.

—Lo sé —comenta Josemaría un tanto preocupado—. Además... cuesta mucho dinero ¿verdad?

—Eso tiene menos importancia —subraya el padre—. Lo que verdaderamente importa es que a ti te guste. El dinero lo conseguiremos —afirma don José totalmente convencido.

A finales de ese año, sin embargo, Josemaría va a sufrir un lento cambio interior. Sin que él lo advierta, Dios va a colocar en su alma una inquietud divina.

—«Siendo adolescente comencé a barruntar el Amor —recordaría él mismo años más tarde—. Fui descubriendo que Dios, a través de detalles ordinarios, me pedía algo grande y desconocido para mí».

El Señor comienza a preparar su mente y su corazón para acontecimientos que van a requerir mayor generosidad y entrega. Transcurre la Navidad. El frío es cada vez más intenso. Las temperaturas bajan sin parar. Una noche, la nieve cae abundante. Hacía años que ni los más ancianos habían conocido nevada tan copiosa. Las calles de Logroño adquieren un paisaje navideño. La ciudad se destempla. El hielo cuelga rígido de los aleros de las casas. La nieve descansa tras su largo viaje. Una parte, recostada sobre el suelo; otra, cubre las ramas de los árboles, los tejados de los edificios, los hilos del teléfono...

—¡Buff! —resopla un sereno frotándose las manos ataridas por el frío, mientras observa a su compañero.

—Bebe un trago —le aconseja éste, alargándole generosamente su bota repleta del renombrado vino del lugar.

—¡No cae nada! —exclama decepcionado su amigo, tras llevarse el recipiente de cuero a la boca—. ¡Está congelado!

En efecto, el frío es tan intenso que ha convertido en hielo el vino de las cantimploras.

—Vamos al bar de la esquina —sugiere uno de ellos—. He oído decir —continúa, mientras caminan—, que algunas personas han muerto de frío.

—Otros —asegura quien le acompaña—, dicen que han oído aullidos de lobos hambrientos, pero pienso que serán simples imaginaciones.

—No son fantasías —confirma su amigo, mientras entran en el bar—. Yo mismo los he oído aullar esta noche. Han bajado desde las cercanas montañas en busca de comida.

—¿Sabéis lo que ha pasado? —les pregunta con dificultad uno de los presentes, herrero de profesión, sentado delante de una botella de buen vino ya casi vacía.

—No —le responden los dos serenos, acomodándose junto a él.

—Pues, que nuestro río... —dice titubeando, mientras se balancea en el asiento—, está congelado. Yo mismo lo he visto al cruzar el Puente de Hierro.

—No me extraña —tercia otro, sentado frente a ellos.

—¿Qué es lo que no te extraña? —interrumpe el herrero, mirándole con los ojos a medio cerrar por la mucha cantidad del excelente vino de Rioja que ha bebido.

—Lo que estáis diciendo —continúa el desconocido—. Yo soy el nuevo chófer del coche que viene de Murillo del Río Leza...

Al oír esas palabras, todos los presentes giran sus cabezas hacia el lugar de donde viene la voz.

—Y ¿has podido llegar? —pregunta intrigado uno de ellos.

—Sí, pero no sin afrontar grandes peligros —afirma éste, con no poca vanidad—. El coche iba tirado por caballos con los cascotes envueltos en sacos para no resbalar.

Mientras en el bar el cotilleo discurre intrascendente, Josemaría ha salido de su casa. Es el momento elegido por Dios. El Señor le va a hablar sin palabras, en la calma de su espíritu, porque para escuchar se requiere silencio.

Durante el trayecto, el joven adolescente descubre sobre la nieve huellas de pies descalzos. Pertenecen al Padre José Miguel, religioso carmelita, conocido y estimado en toda la comarca. Josemaría se detiene un instante. Sus ojos

las observan asombrados. Su corazón se conmueve. Su alma se enciende en deseos de un Amor grande.

«Si otros —piensa—, hacen tantos sacrificios por Dios y por el prójimo, ¿no voy a ser yo capaz de ofrecerle algo?»

El Señor ha llegado hasta su alma, terreno abonado donde empieza a crecer un deseo divino: Dios le quiere para algo muy grande a su paso por la tierra. Josemaría siente grandes deseos de tratar a Jesús con más frecuencia y cariño. Desde ese día comienza a oír la Santa Misa y a comulgar a diario, a confesarse a menudo, y a hacer pequeños sacrificios por amor al Señor y a los demás. Su espíritu se va transformando y creciendo.

El joven adolescente desconoce, en concreto, lo que Dios quiere de él, pero lo desea con ardor.

«Señor —ora con frecuencia, desde entonces—, ¡que vea lo que Tú quieres de mí!»

Josemaría pretende ser arquitecto, pero si Dios le pidiera algo distinto, estaría dispuesto. Tras madurarlo durante meses, decide ser sacerdote. Piensa que, de este modo, estará mejor preparado para cumplir la Voluntad de Dios, que aún desconoce.

Cierto día, a finales de abril de 1918, acude como siempre a su padre. Es primavera. En la tierra brotan con fuerza los tallos de los árboles. En el corazón de Josemaría surge vigorosa la nueva llamada, colocada por Dios en su mente: ser sacerdote.

—Papá —le dice—, quiero hablar contigo sobre algo que es muy importante para mí.

—¿De qué se trata? —pregunta intrigado don José.

—Quiero ser sacerdote —responde rotundo.

Don José mira a su hijo y guarda silencio. Solo hablan sus ojos. Unas lágrimas se deslizan por sus mejillas.

—¿Por qué lloras, papá? —le interroga sorprendido Josemaría, que jamás ha visto llorar a su padre.

—No es nada, hijo mío. Es que me has emocionado.

Repuesto ya de la sorpresa, le pregunta don José:

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, papá. Estoy seguro de que Dios me pide que le dedique mi vida. Por eso he pensado ser sacerdote.

—Hijo mío, los sacerdotes tienen que ser santos. Piénsalo un poco más, pero yo no me opondré.

La muerte de su padre



Don José, como buen cristiano que es, acepta la Voluntad de Dios. Como padre, sin embargo, siente una gran responsabilidad y quiere que su hijo esté seguro de lo que Dios le pide. Por esta razón acude a dos sacerdotes amigos, a fin de que orienten a su hijo en la decisión que ha tomado.

Aunque sus padres desean que su hijo estudie una carrera civil y les ayude a levantar la economía familiar, deciden abandonar sus pretensiones. Josemaría adivina sus preocupaciones económicas y le pide a Dios con una gran fe:

—Señor, concédeles otro hijo varón que ocupe mi puesto.

Dios escucha su oración. Cierta día de otoño, les llama doña Dolores.

—Carmen, Josemaría, venid, por favor.

Ambos acuden con rapidez. Cuando están junto a ella, doña Dolores les comunica feliz una gran noticia.

—¡Vais a tener —les dice—, otro hermano!

Carmen y Josemaría la reciben con entusiasmo. Este último, además, ve en ello la respuesta de Dios a su petición. Meses después, nace un niño a quien llaman Santiago.

En el mes de octubre del año 1918, Josemaría entra en el Seminario de Logroño como alumno externo. También ahí consigue las mejores calificaciones. En septiembre de 1920 se traslada al Seminario de Zaragoza. Se matricula en la Universidad Pontificia para continuar sus estudios eclesiásticos y vive en el Seminario de San Carlos, del que será nombrado superior. Al mismo tiempo se matricula en la Universidad civil para comenzar sus estudios de Derecho.

Años después, el 14 de junio de 1924, Josemaría es ordenado subdiácono¹ por don Miguel de los Santos Díaz y Gómara, obispo titular de Tagora. La familia vibra de ilusión. Poco a poco se aproxima el momento tantas veces soñado: ser sacerdote, representante de Cristo ante los demás hombres. Antes, sin embargo, un triste suceso llenará de dolor su corazón de hijo. Una fría mañana del mes de noviembre, el Rector del Seminario le entrega un telegrama que ha llegado desde Logroño. Josemaría lo abre con rapidez.

—Querido don Josemaría: su padre está gravemente enfermo —lee con inquietud—. Venga lo antes posible. Manuel.

Manuel Ceniceros, empleado del comercio «La Gran Ciudad de Londres», donde trabaja don José Escrivá, ha sido encargado de transmitirle la noticia. El joven Josemaría, preocupado en extremo, toma el primer tren que sale para

1. El subdiácono era, en la antigua liturgia, uno de los ayudantes del altar que en la Santa Misa leía la epístola, es decir, las cartas de los Apóstoles, antes de que se leyera el Evangelio.

Logroño: el expreso Barcelona-Bilbao. Se hace de noche cuando llega a la capital de la Rioja. Manuel Ceniceros le espera en el andén de la estación de ferrocarril.

—Buenas noches, don Manuel —saluda inquieto Josemaría, estrechándole la mano—. ¿Cómo sigue mi padre?

—Muy grave. Los médicos afirman que puede morir de un momento a otro.

Josemaría guarda silencio. Reza. Ambos caminan de prisa. Cruzan el paseo del Espolón. Se aproximan a la calle Portales.

—Josemaría —le dice su acompañante, con voz temblorosa por la emoción.

—¿Qué quieres, Manuel? —le pregunta, intuyendo la noticia.

—Tu padre ha muerto.

Josemaría siente un profundo dolor. Acelera el paso. Manuel apenas puede seguirle. Llega a casa con el corazón roto. Mira a su madre y a sus hermanos y los abraza sollozando. Se aproxima, después, a su padre colocado en el suelo sobre una tela roja, como es costumbre entre algunas familias. Se arrodilla allí mismo y reza por el eterno descanso de su alma. Los familiares y amigos que les acompañan, respetan su oración en silencio y rezan emocionados, empujados por su ejemplo.

Más tarde, se levanta. Se aproxima a su madre. Junto a ella, formando una piña de cariño, están sus hermanos Carmen y Santiago. Carmen, cumplidos veinticuatro años, ha terminado su carrera de Magisterio. Santiago es muy pequeño todavía. En sus ojos de niño se adivina el dolor y el desamparo.

—¿Cómo ha ocurrido, mamá? —pregunta Josemaría.

—Todo ha pasado muy deprisa, sin esperarlo. Esta mañana se levantó pronto, como de costumbre. Él, ya sabes, era muy madrugador. Después de desayunar, rezó largo rato ante la imagen de la Milagrosa que tenemos en casa, de la que era muy devoto. Luego...

Su madre no puede hablar. El intenso dolor ahoga sus palabras y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Después —continúa diciendo su hermana Carmen—, jugó un rato con Santiago. Marchaba ya hacia su trabajo cuando se sintió mal. Se apoyó en el marco de la puerta de la habitación y cayó al suelo. Sorprendidas por el golpe, mamá y yo acudimos inmediatamente. Llenas de angustia le colocamos sobre la cama y llamamos al médico, que nada pudo hacer. Murió dos horas más tarde, habiendo recibido los últimos sacramentos.

Josemaría está triste, pero también orgulloso de haber tenido tal padre. Las lágrimas, aunque es el corazón el que llora, brotan de sus ojos y resbalan por sus mejillas. Santiago solloza también.

—Papá ha muerto agotado —comenta, mirándolo de nuevo—. Cuántas preocupaciones y cuántos trabajos para que nada nos faltase. Con qué alegría y serenidad sufriste los reveses económicos. Has trabajado hasta el agotamiento y has muerto como has vivido: con una sonrisa en los labios. Te vi sufrir con alegría, sin manifestar el sufrimiento. Gracias, papá, por tu ejemplo.

Son las palabras de un hijo agradecido que sabe y reconoce lo mucho que debe a su padre. A veces se sorprende al descubrir, en él, sus mismos gestos y expresiones.

Durante unos días, Josemaría acompaña en Logroño a su madre y hermanos. Después marcha a Zaragoza para terminar sus estudios. Acabadas las fiestas de Navidad, son ellos los que se trasladan a la ciudad del Ebro, donde viven con Josemaría, que es ahora el cabeza de familia.

El día 20 de diciembre, poco después de la muerte de su padre, Josemaría es ordenado diácono por don Miguel de los Santos Díaz y Gómara. Al día siguiente tiene el gozo de dar la Sagrada Comunión a su madre, en la Capilla del Seminario de San Carlos.

Son estos, meses de emociones continuas. Josemaría prepara su corazón para ser sacerdote, es decir, otro Cristo. Cada día hace nuevo su deseo por medio de jaculatorias. Entre estas, que son recientes, no olvida las que desde antiguo, cuando vio las huellas en la nieve, reza con frecuencia: «Señor, ¡que vea lo que Tú quieres de mí!» Desde hace un tiempo, su corazón se dirige a la Virgen del Pilar, con parecida petición: «Señora, ¡que vea!» Al dar la bendición con el Santísimo, su mente se llena de fe y su corazón de amor cada vez más intenso. Cuando sus dedos toman la Sagrada Forma y la colocan en el viril de la Custodia para dar la bendición, sus manos tiemblan contagiadas del fervor de su espíritu.

Corren lentas las semanas que faltan para ser sacerdote. La impaciencia anida en su espíritu. Los deseos se desbordan. Las emociones se acumulan durante la espera. Por fin amanece el día 28 de marzo del año 1925, día de su ordenación sacerdotal. Doña Dolores, Carmen y Santiago llegan al templo del Seminario de San Carlos.

—Mamá —dice Carmen—, qué bonita la iglesia.

—¡Cuánta gente! —protesta Santiago, que solo tiene seis años recién cumplidos.

—Venid conmigo —les indica su madre—. Coloquémonos junto al altar.

Doña Dolores mira el sagrario y habla con Jesús.

—Señor —le dice conmovida—, gracias por haberme dado un hijo sacerdote. Ayúdale para que sea santo, como Tú quieres.

Al terminar la ceremonia de la ordenación sacerdotal, doña Dolores y sus hijos besan las manos consagradas del nuevo sacerdote. Son ahora como las manos de Jesús: perdonan los pecados, bendicen, distribuyen la Sagrada Comunión. Dos días después oficia la Santa Misa en la Santa Capilla de la Virgen del Pilar, a quien tanto ama. Son las diez y media de la mañana. Don Josemaría celebra su Primera Misa pidiendo a Dios por el alma de su querido padre.